

## LA EXPERIENCIA, CRECIMIENTO Y MINISTERIO DE VIDA PARA EL CUERPO

(Viernes: sesión de la noche)

Mensaje tres

### **La urgente necesidad del crecimiento de vida, y crecer en vida al tratar con el corazón**

Lectura bíblica: Ef. 4:13, 15-16; 1 Co. 3:6; Mt. 5:8; Jer. 17:9; Ef. 3:17

- I. Entre nosotros en el recobro del Señor, existe una urgente necesidad de crecimiento de vida; sin el debido crecimiento de vida, el recobro no podrá seguir adelante, y con el tiempo regresaremos a la situación del cristianismo y volveremos a repetir su triste historia—Ef. 4:11-16; Mt. 13:31-33; 2 Ti. 3:1-4.**
- II. Lo más significativo con respecto a la vida es el crecimiento—Ef. 4:13, 15-16:**
  - A. Si no hay crecimiento, eso significa que no hay vida o que hay algún problema; necesitamos crecer en vida—1 Co. 3:6; 14:20; 16:13.
  - B. La mejor manera de resolver los problemas entre los santos en una iglesia local es dirigir su atención al crecimiento de vida—Jn. 6:57; 1 P. 2:2-3.
  - C. El crecimiento de vida es lo primordial en la práctica de la vida de iglesia; por lo tanto, debemos prestar atención al crecimiento de vida—Ef. 4:13, 15-16.
- III. Es necesario que sepamos en qué consiste el crecimiento de vida:**
  - A. El crecimiento de vida es el aumento del elemento de Dios en nosotros, al grado en que somos llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios—3:19.
  - B. El crecimiento de vida es el aumento de la medida de la estatura de Cristo; cuanto más amamos a Cristo y vamos en pos de Cristo, permitiendo que Cristo viva en nosotros y nos gane, más aumentará en nosotros la medida de la estatura de Cristo; éste es el verdadero crecimiento de vida—Gá. 2:20; 4:19; Ef. 3:17; 4:13.
  - C. El crecimiento de vida consiste en que el Espíritu Santo logre tener más cabida en nosotros; cuando procuremos la obra del Espíritu Santo en nosotros y obedezcamos a la enseñanza del Espíritu Santo en nosotros como la unción, el Espíritu Santo obtendrá mucho más cabida en nuestro ser y, como resultado de ello, la vida divina en nosotros crecerá en gran medida—Ro. 8:11; Ef. 5:18; 1 Jn. 2:20, 27.
  - D. El crecimiento de vida es la disminución del elemento humano, es decir, la disminución del sabor del hombre y el aumento del sabor de Dios—Mt. 16:25; Jn. 12:25.
  - E. El crecimiento de vida es el quebrantamiento de la vida natural, es decir, el quebrantamiento de nuestras destrezas, habilidades y capacidades; si deseamos crecer en vida, nuestros dones deben ser despojados por Dios, y la “cáscara” de nuestra piedad debe ser quebrantada por Dios—2 Co. 4:16-17.

- F. El crecimiento de vida es el sometimiento de cada una de las partes del alma; cuanto más nuestra alma sea subyugada, más la vida crecerá; y cuanto más nuestra alma mengue, más la vida aumentará—Jn. 12:24-25.

**IV. El crecimiento apropiado de vida sólo se obtiene mediante el contacto directo y personal que tenemos con el Señor—2 Co. 3:18:**

- A. El crecimiento de vida es producto de Su iluminación viviente y de que Él nos muestre lo que hay en nuestro ser en situaciones específicas—1 Jn. 1:5:
  - 1. Entonces en Su presencia responderemos, diciendo: “Señor, te amo. Señor, te tomo conforme a Tu iluminación, y te tomo también conforme a Tu resplandor actual y específico para el momento”.
  - 2. Esta clase de oración producirá el crecimiento de vida, con lo cual daremos un gran paso en el crecimiento de vida—1 Co. 3:6; Ef. 4:15.
- B. Todos necesitamos acudir al Señor y tener comunión directa con Él de manera intencional y particular con respecto al crecimiento de vida; si hacemos esto, algo en nosotros será aniquilado y eliminado, y entonces tendremos el crecimiento de vida—Sal. 36:9.

**V. Crecemos en vida al tratar con nuestro corazón—Mt. 5:8; Jac. 4:8; Ef. 3:17:**

- A. Después que recibimos a Cristo en nuestro espíritu, necesitamos ser de corazón puro porque nuestro corazón es el terreno donde Cristo puede crecer y propagarse—1 Co. 6:17; Mt. 5:3, 8:
  - 1. Cristo fue sembrado en nuestro espíritu a fin de crecer y propagarse en nuestro corazón; el crecimiento de vida es la propagación de Cristo en nuestro corazón—Ef. 3:17.
  - 2. Cristo desea hacer Su hogar en nuestro corazón y tomar posesión de cada parte de nuestro ser interior—v. 17.
  - 3. El problema que limita el crecimiento de muchos creyentes radica en su corazón—Mt. 6:21; 12:34-35; 13:15; 15:8; 22:37.
  - 4. Si tenemos un problema con respecto a nuestro corazón o si nuestro corazón no está bien, el Señor no tendrá forma alguna de propagarse en nosotros—15:8:
    - a. En la parábola del sembrador en Mateo 13:3-8 y 18-23, el Señor dejó claro que la semilla no pudo crecer en las primeras tres clases de corazón porque en ellos no había lugar para que la semilla creciera y se propagara.
    - b. Si somos sinceros con nosotros mismos, reconoceremos que no le hemos dado espacio al Señor en nuestro corazón.
    - c. Si Cristo como semilla de vida ha de crecer en nuestro corazón, es preciso que tengamos un corazón puro y libre de toda ocupación, un corazón donde le cedamos a Cristo cada rincón para que se propague en nuestro ser; Su propagación corresponde al crecimiento de vida—5:8; Ef. 3:17.
- B. “Vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones”—Jac. 4:8:
  - 1. Purificar nuestro corazón es hacerlo sencillo, de modo que tenga una sola meta; cuando tenemos más de una meta, nuestro corazón se vuelve impuro y llegamos a ser personas de doble ánimo—Mt. 5:8.

2. A fin de que nuestro corazón sea sencillo y puro, debemos tener una sola meta, a saber: Dios mismo—v. 8; Mr. 12:30.
  3. A fin de purificar nuestro corazón, necesitamos la gracia; necesitamos recibir la gracia del Señor a fin de continuamente tratar con nuestro corazón—He. 13:9; 1 Co. 15:10.
  4. Necesitamos ver la condición de nuestro corazón y tratar con él, para que el Señor tenga la manera extenderse en nosotros—Mt. 6:21; 15:8.
- C. Tratar con nuestro corazón es algo que hacemos conforme a la iluminación del Señor, y Su resplandor es gradual; Él progresivamente intensifica Su resplandor a medida que tratamos los asuntos que Él saca a la luz, de tal modo que nuestro corazón es cada vez más examinado y más purificado—2 Co. 4:6; 1 Jn. 1:5; Ap. 4:5.
- D. “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, / e incurable; / ¿quién lo conocerá?”—Jer. 17:9:
1. Es difícil tratar con nuestro corazón porque éste es engañoso.
  2. La autocompasión y el amor propio son manifestaciones de nuestro corazón engañoso; debido a que nos amamos a nosotros mismos y nos compadecemos tanto de nosotros mismos, es difícil que el Señor se propague en nosotros—2 Ti. 3:2.
  3. El Señor puede haber estado en nuestro espíritu por mucho tiempo, pero debido a que nuestro corazón es complejo, impuro, confuso y engañoso, Él probablemente no haya podido extenderse desde nuestro espíritu a nuestro corazón—4:22; Jer. 17:9; Ef. 3:17.
- E. El crecimiento genuino de vida no es nuestro crecimiento, sino el crecimiento de Cristo en nosotros—Col. 2:19:
1. Debido a que este crecimiento depende de nuestro corazón, tenemos que tratar con nuestro corazón, a fin de que Cristo tenga la manera de crecer en nosotros—Jac. 4:8; Mt. 5:8; Ef. 3:17.
  2. El Señor como Espíritu vivificante entró en nuestro espíritu, y ahora está en nuestro espíritu esperando a que nosotros le demos la oportunidad de propagarse en nuestro corazón—Jn. 3:6; 1 Co. 6:17; Ef. 3:17; 1 Ts. 3:13.
  3. Esta propagación es Su crecimiento en nosotros, y Su crecimiento en nosotros es nuestro crecimiento genuino en vida—Col. 2:19; Ef. 4:15.

### **Extractos de las publicaciones del ministerio:**

#### **CRECER EN VIDA AL TRATAR CON EL CORAZÓN**

El que Dios escriba Sus leyes en nuestras partes internas es algo que acompaña a nuestra confesión, a medida que Él resplandece en nuestro espíritu por medio de nuestra conciencia. Cuanto más confesamos nuestras faltas, ofensas y debilidades, más le damos a Dios la oportunidad de moverse en nosotros y de trabajar en nosotros a fin de escribir Sus elementos en nuestras partes internas. Así, todos los elementos divinos que han sido forjados en nuestras partes internas, espontáneamente llegan a ser las leyes que nos regulan interiormente. Es de este modo que la esencia divina de Dios finalmente llega a ser nuestra ley interna que nos regula continuamente. Esta ley es conforme a la naturaleza santa de Dios porque proviene del elemento divino de Dios.

El elemento divino de Dios es la naturaleza de Dios, y la naturaleza de Dios es la santidad. Cuando Dios forja Su elemento divino en nuestro ser, nuestro corazón es afirmado, firmemente cimentado, en santidad, que es la naturaleza de Dios (1 Ts. 3:13). Esta clase de santidad no es una mera actuación ni algo fingido, sino que más bien es el elemento divino de Dios que se ha forjado en nosotros. Cuando nuestro corazón es afirmado en santidad, tenemos un nuevo corazón (Ez. 36:26).

## **LA POSICIÓN Y FUNCIÓN DEL CORAZÓN**

### **El corazón es la puerta de entrada y salida de nuestro ser**

En este capítulo hablaremos acerca de la posición y función del corazón. Proverbios 4:23 dice: “Guarda tu corazón con toda vigilancia, / porque de él brotan los manantiales de la vida”. La palabra *manantiales* aquí significa la fuente como también el fluir, la salida. De nuestro corazón brotan todos los manantiales, las salidas, de nuestra vida diaria (cfr. Mt. 12:34-35; 15:18-19). La fuente, el origen, de lo que somos, de nuestro verdadero ser, fluye de nuestro corazón. Nuestro corazón es la puerta de salida como también la puerta de entrada de nuestro ser. Por consiguiente, nuestro corazón espontáneamente llega a ser el guarda, el atalaya, de nuestro ser. Debemos guardar nuestro corazón con toda vigilancia, porque guardar nuestro corazón equivale a guardar o custodiar todo nuestro ser.

Cuando un guardia de seguridad cuida un edificio, se ubica principalmente en la entrada del edificio. Asimismo, cuando nosotros nos vamos a acostar en la noche o cuando salimos de casa, nos cerciorarnos de que la puerta quede con seguro. Este ejemplo nos muestra la importancia del lugar de entrada y salida cuando se trata de guardar algo valioso. Si deseamos guardar nuestro ser, no sólo debemos guardar nuestra boca, nuestros ojos o nuestros oídos, sino también nuestro corazón, porque éste es la puerta de entrada y salida de nuestro ser. Descuidar nuestro corazón es como dejar abierta la puerta de nuestra casa cuando nos vamos a dormir o cuando salimos de casa. Si hiciéramos esto, muchas cosas indeseables podrían entrar. Cuando descuidamos nuestro corazón, dejamos la puerta abierta para que todos los “diablitos” entren en nuestro corazón. Es por ello que el libro de Proverbios nos exhorta a guardar nuestro corazón con toda vigilancia. Cada vez que aseguremos las puertas de nuestra casa, debemos recordar que así mismo debemos “asegurar” nuestro corazón, a fin de mantener todos los “microbios” fuera de nuestro ser.

Aunque a menudo necesitamos cerrar nuestro corazón, también debemos aprender a abrirlo. Debemos cerrar nuestro corazón al diablo pero debemos abrirlo al Señor. Al guardar o custodiar nuestro corazón, debemos aprender a cerrar nuestro corazón al enemigo y abrirlo al Señor. A fin de ser cristianos apropiados y vivientes, necesitamos tener un corazón que fácilmente se cierra a todas las cosas negativas y que está dispuesto a abrirse al Señor, a la iglesia, a los santos y a las cosas celestiales.

### **La comunión de vida y el corazón**

En 1 Juan 1:1-3 dice: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante a la Palabra de vida (y la vida fue manifestada, y hemos visto y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos también a vosotros, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con Su Hijo Jesucristo”. Estos versículos primero hablan de la vida divina que se manifestó en Cristo como la Palabra de vida, y luego de la comunión de vida. El Evangelio de Juan es un libro acerca de la vida, mientras que la

Primera Epístola de Juan es un libro acerca de la comunión de vida. Al comienzo de esta epístola, la vida es testificada, anunciada y proclamada (vs. 1-2). Cuando esta vida es recibida, ella nos trae consigo la comunión (v. 3). Por lo tanto, conforme a 1 Juan 1, la vida trae la comunión.

### ***La comunión de vida***

La Primera Epístola de Juan no es doctrinal; antes bien, fue escrita conforme a la experiencia de vida. Después que recibimos al Señor como vida, tenemos la inclinación y el deseo de tener comunión con el Señor y también con otros creyentes. Esta inclinación y deseo es la comunión que viene con la vida. La vida produce la comunión, y la comunión proviene de la vida.

Los versículos 5 y 6 dicen: “Éste es el mensaje que hemos oído de Él, y os anunciamos: Dios es luz, y en Él no hay ningunas tinieblas. Si decimos que tenemos comunión con Él y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad”. Cuando estamos en la comunión de vida, nuestra condición queda al descubierto y es puesta bajo la luz. Por consiguiente, la comunión trae luz. Muchas veces cuando contactamos a los santos individualmente o en grupos pequeños, o cuando asistimos a las reuniones de la iglesia, sentimos que hay luz. Podemos entrar a un salón donde algunos santos están teniendo comunión, y aunque ninguno de ellos nos diga nada respecto a nuestra condición, el resplandor de la luz estará allí presente, por lo que sentiremos que hemos sido trasladados de las tinieblas a la luz. El resultado de la comunión es la luz, y la luz resplandece y pone en evidencia nuestra condición.

El resplandor de la luz es aún más intenso cuando contactamos al Señor directamente. Es posible que a veces no sintamos que estamos mal en nada, pero en cuanto contactamos al Señor, la luz resplandece y pone de manifiesto nuestra necesidad de ser limpiados por la sangre. En 1 Juan 1:7 dice: “Si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado”. Por lo tanto, en 1 Juan 1 vemos una progresión conformada por la vida, la comunión, la luz y la sangre. La vida redonda en comunión, la comunión nos trae a la luz y la luz pone de manifiesto nuestra condición, lo cual nos lleva a confesar nuestros pecados y a aplicar la sangre limpiadora de Jesús, el Hijo de Dios.

Después que experimentamos la limpieza de la sangre en el capítulo 1, tenemos la unción en el capítulo 2 (vs. 20, 27). Cuando la sangre es aplicada, es decir, rociada, tenemos la unción (Éx. 29:20-21; Lv. 8:23-24, 30). Por lo tanto, la vida trae la comunión; el resplandor de la luz proviene de la comunión; la luz pone de manifiesto la necesidad de la sangre; y la aspersion de la sangre prepara el camino para la aplicación de la unción. Estas cinco cosas —la vida, la comunión, la luz, la sangre y la unción— van juntas en un ciclo continuo.

### ***La comunión de vida es guardada por el corazón***

En el pasado recalcamos la relación entre el Espíritu divino, nuestro espíritu humano y la comunión de vida, pero no consideramos la relación que hay entre la comunión de vida y nuestro corazón. Por ello, es posible que muchos entre nosotros piensen que el corazón no tiene nada que ver con la vida ni con la comunión. Contrario a este concepto, 1 Juan nos muestra que la comunión de vida es preservada y guardada por nuestro corazón. Después de que se menciona la unción en 1 Juan 2:20 y 27, el capítulo 3 nos habla del corazón. Los versículos 20 y 21 dicen: “Si nuestro corazón nos reprende, se debe a que Dios es mayor que nuestro corazón y sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos ante Dios”. La conciencia en nuestro corazón es el representante del gobierno de Dios dentro de

nosotros. Si nuestra conciencia nos condena, ciertamente Dios, quien es mayor que Su representante y conoce todas las cosas, también nos condenará. El hecho de estar conscientes de tal condena en nuestra conciencia, que no sólo es una parte de nuestro espíritu, sino también de nuestro corazón (He. 10:22), nos alerta del peligro de quebrantar nuestra comunión con Dios. Si hacemos caso, esto nos será de ayuda para nuestra comunión con Dios y nos hará permanecer en el Señor.

Aunque algunos maestros cristianos han hablado acerca de la comunión de vida en 1 Juan, y otros han escrito buenos libros acerca de la unción y de la sangre, nunca he escuchado ningún mensaje, ni leído ningún libro, que relacione la vida y la comunión de vida con el corazón. Sin embargo, 1 Juan nos muestra que la comunión de vida es preservada y resguardada por nuestro corazón. Si nuestro corazón está mal, nuestra comunión con el Señor se interrumpirá. En 1 Juan 3:19 dice que debemos asegurar nuestros corazones delante de Dios. Esto significa que debemos guardar nuestro corazón manteniéndolo libre de toda acusación y condenación. Esto equivale a mantener una buena conciencia, una conciencia sin ofensa (1 Ti. 1:5, 19; Hch. 24:16), de modo que nuestro corazón pueda ser conciliado, convencido, persuadido y tranquilizado. Cualquier condenación que haya en nuestro corazón indica que nuestro corazón no ha sido debidamente guardado.

Aunque la comunión está relacionada con el espíritu (2 Co. 13:14; Fil. 2:1), ésta es guardada por el corazón. Muchos queridos santos han sufrido la pérdida de que su comunión se vea interrumpida porque han descuidado el asunto de guardar su corazón con toda vigilancia. Debemos prestar atención a la función del corazón en 1 Juan. El capítulo 1 habla acerca de la comunión de vida, el capítulo 2 habla acerca de la unción y el capítulo 3 habla acerca de un corazón apropiado, lo cual es necesario para guardar nuestra comunión con Dios. Si nos conducimos descuidadamente y no prestamos atención a nuestro corazón, tal vez pensemos que no estamos mal en nada y que nada nos condena en nuestro corazón; sin embargo, si invocamos el nombre del Señor por unos minutos, nos daremos cuenta de que nuestra conciencia nos condena respecto a muchas cosas. La acusación que sentimos en nuestra conciencia es la condenación que está en nuestro corazón, porque nuestra conciencia es una parte de nuestro corazón. Hebreos 10:22 dice: “Acerquémonos al Lugar Santísimo con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia con la aspersion de la sangre”. Una mala conciencia es una conciencia que nos acusa respecto a muchas cosas. A fin de reunirnos con Dios en el Lugar Santísimo, necesitamos un corazón que ha sido purificado de mala conciencia con la aspersion de la sangre.

Si no prestamos atención a la acusación en nuestra conciencia al confesar nuestros pecados y recibir el perdón del Señor y la limpieza de Su sangre, no estaremos guardando nuestro corazón como es debido. Y si no guardamos nuestro corazón, perderemos nuestra comunión con Dios, y todos los “microbios”, las cosas negativas, entrarán en nuestro corazón. A fin de recobrarnos de esta condición, debemos purificar de nuevo nuestro corazón. A fin de tener comunión, debemos ejercitar nuestro espíritu, pero a fin de resguardar esta comunión, debemos guardar nuestro corazón.

Aunque podemos considerar pequeñas algunas ofensas, debemos entender que nuestra comunión con el Señor y con los santos es un asunto muy delicado, y que las ofensas más pequeñas pueden perturbar nuestra comunión e incluso cortarla. Por ejemplo, supongamos que un hermano mayor tiene la leve intención de criticar a un hermano más joven. Si este hermano no cuida su corazón en ese asunto tan pequeño, tendrá un sentir de muerte en su espíritu, y gradualmente perderá su comunión con el Señor y con los santos. Nuestro espíritu jamás puede ser engañado. Cuando el hermano mayor intenta tener comunión con el hermano

más joven, tal vez finja que ama al hermano más joven y que no tiene ningún problema con él. Sin embargo, si el hermano más joven es una persona que ejercita su espíritu y que guarda su corazón de toda condenación, mientras el hermano mayor le habla, percibirá en su espíritu que algo en lo profundo del hermano mayor está mal y que eso está estorbando la comunión. En una situación normal, cuanto más se hablen dos hermanos, más se intensificará entre ellos la comunión. Sin embargo, en esta situación anormal, cuanto más hable el hermano mayor con el hermano más joven, más percibirá el hermano más joven que la comunión ha desaparecido. Esto se debe a que el corazón del hermano mayor está mal. Este tipo de problema no puede disimularse con acciones externas, puesto que no se trata de algo externo, sino del espíritu que pasa por medio del corazón. Así, cuando el hermano mayor habla, su espíritu pasa por su corazón, en el cual está el problema. Si el hermano más joven presta atención a las palabras del hermano mayor, puede ser engañado, pero si presta atención al espíritu que pasa por medio del corazón del hermano mayor, percibirá todo con claridad. La clase de corazón que tengamos determinará la clase de espíritu que se manifestará. Por consiguiente, si nuestro corazón nos condena, el espíritu que brote de nosotros no será un espíritu de comunión.

#### **GUARDAMOS NUESTRO CORAZÓN AL PURIFICARLO DELANTE DEL SEÑOR**

Todos debemos acudir al Señor para limpiar a fondo nuestro corazón. Esta clase de purificación es la manera en que guardamos nuestro corazón. Cuanto más purifiquemos nuestro corazón, más lo guardaremos. Una vez que nuestro corazón haya sido purificado apropiadamente delante del Señor, no sólo será puro, sencillo, sincero y fiel, sino que también se abrirá fácilmente cuando tenga que abrirse y se cerrará cuando tenga que estar cerrado. Entonces podremos abrirnos al Señor y a los santos para tener comunión sin ningún tipo de estorbo. En ciertas situaciones quizás tratemos de tener comunión con un hermano, pero sintamos que hay estorbos en su corazón. Así que intentamos ayudarlo por todos los medios para que se abra, pero no lo logramos. En otras ocasiones, puede ser que nosotros mismos no podamos abrir nuestro corazón a otros para tener comunión con ellos. Esta clase de problema se debe principalmente a que por un buen tiempo hemos descuidado nuestro corazón. La única manera de resolver este problema es que purifiquemos a fondo nuestro corazón delante del Señor y que después lo guardemos continuamente.

Es muy trágico que un creyente pierda su comunión con el Señor, con la iglesia y con otros creyentes. Por consiguiente, debemos guardar nuestro corazón a fin de resguardar la comunión. Así pues, después de presentarnos los asuntos de la vida, la comunión, la luz, la sangre y la unción, 1 Juan, un libro que trata acerca de la comunión de vida, nos presenta el corazón como el guarda, es decir, como el órgano que resguarda la comunión. Todos debemos practicar el asunto de purificar nuestro corazón conforme al principio de la vida. Es por medio de nuestro corazón que nuestra verdadera persona se manifiesta. El verdadero tráfico de nuestro ser pasa por nuestro corazón. Nuestro espíritu es la fuente de nuestro ser, pero nuestro corazón es el conducto, la entrada y la salida, por donde pasa el tráfico en nuestro ser. Si queremos ser cristianos apropiados, sin lugar a dudas tenemos que ejercitar nuestro espíritu, pero además de ello, debemos custodiar nuestro corazón guardándolo con toda vigilancia. (*The Collected Works of Witness Lee*, 1970, t. 1, págs. 431-437)